

EN DEFENSA DE LOS ÁRBOLES, 1917

Brian J. Dendle

Universidad de Kentucky (U.S.A.)

EN los primeros años de este siglo, hubo campañas importantes —fomentadas por el ilustre ingeniero Ricardo Codorniú, «el Patriarca del Árbol»— en favor de la reforestación de la región murciana. Así, en 1909 se plantaron en Alicante 100.000 árboles, en Murcia 1.016, en Jumilla, 2.400, y en Espinardo, 5.480. El total de los árboles plantados en las fiestas de 1909 ascendió a 127.329, todos facilitados por Ricardo Codorniú y procedentes de la sierra de Espuña¹. En *El Liberal* de 5 de noviembre de 1910, Roque Sánchez habla con encomio de la celebración de la Fiesta del Árbol organizada por un maestro de escuela del Berro, partido rural de Alhama, fiesta celebrada con misa, marcha con banderas, himnos y discursos patrióticos.

Sin embargo, esta labor tan patriótica de embellecer la región no se veía con buenos ojos en todos los sectores de la sociedad. En noviembre de 1916, «R. P.» (¿Ramón Pontones?) protesta contra la salvaje destrucción de la bella alameda de la carretera de Alcantarilla a Murcia, destrozado hecho cortando con el hacha en redondo la corteza de los árboles. R. P. echa la culpa de este crimen a «los egoísmos personalísimos de aquellos que estiman en más un pequeño trozo de sus tierras, al que le produce una depreciación insignificante la plantación próxima del arbolado, que el bien general que proporcionan esas alamedas, que encierran

una riqueza inmensa en otros órdenes de la vida»².

Dos meses después, *El Liberal* denuncia a los «asesinos» que van matando los árboles de la carretera de Alcantarilla a Murcia, alegando que no basta celebrar la Fiesta del Árbol si no se cuida de la vida de los árboles. El periodista explica el procedimiento de los criminales destructores de la alameda:

«Y para que se vea de qué intenciones están animados los autores de esos atentados contra los árboles, he aquí una conversación tenida por un amigo nuestro con un colono de las tahúllas próximas a la carretera de Murcia a Alcantarilla.

«Nuestro amigo, con ánimo de sacar la causa de descortezar los árboles:

«—Amigo, y estos árboles perjudicarán mucho a los bancales, ¿No es verdad?

«—¡Vaya si perjudican! Pero eso será por poco tiempo.

«—¿Poco tiempo, por qué?

«—Pues bien —añade el colono— de cien árboles que tengan esa corona, apenas se salvarán de la muerte diez.

«—¿Tan eficaz es ese corte?

«—Es infalible; pero aún hay más —añadió el colono con cierto misterioso regocijo— esos diez que se saben también están condenados a muerte; porque para ello tenemos un procedimiento que no falla...

«—¿Qué procedimiento es ese? —indaga nuestro amigo fingiendo indiferencia.

1 J. M. Tornel, *El Liberal*, 2-VII-1910.

2 R. P., «Los árboles. Alameda amenazada de muerte», *El Liberal*, 3-XI-1916.

«—Pues nada; hacer un hoyo al pie del árbol que sobrevive, echar en él unos capazos de sal, cubrir de nuevo el hoyo y se acabó...».

El remedio, según el periodista de *El Liberal*, sería «declarar responsables del daño de los árboles, a los propietarios o colonos de las tierras en que están situados». Si no se adopta este procedimiento, «veremos como van sucumbiendo poco a poco ese precioso recreo de nuestra vista, esos túneles de verdor amable que ofrecen la sombra apacible al fatigado viajero del estío y la gallarda ofrenda que la fecundidad de nuestra vega ofrenda hasta a los cielos»³.

Dos días más tarde, Ricardo Codorniú, invitado por el director de *El Liberal*, Pedro Jara Carrillo, escribe un artículo notable sobre «La destrucción del arbolado en Murcia, en España, en Europa y en el Mundo». Codorniú lamenta la impotencia de las leyes para castigar a los que atentan a la vida de los árboles. Si arrancar la corteza de los árboles es infamante, «más lo sería que nuestros ediles autorizaran el arranque de hermosos plátanos y castaños de Indias, aunque fuese para substituirlos por enanas acacias de bola, hecho hasta cierto punto comparable al de derribar la torre de la Catedral para reemplazarla por una reproducción de la de Santa Catalina».

«Tampoco honra a Murcia ni a sus autoridades el estado de las pocas palmeras que se han salvado hasta ahora por milagro, de los ataques de cabras, cabreiros y golfos, y aún viven junto al talud del Malecón, pareciendo con sus palmas desgajadas, mendigos de desgarrados ha-



rapos, que piden al paseante se compadezca del estado en que se hallan, aunque el Ayuntamiento ha venido pagando durante varios años un jardinero «invisible», que sólo debía atender a ellas. No pocos ejemplos análogos pudiéramos citar del punible abandono en que se halla el arbolado, la limpieza, y la higiene de nuestros paseos, en los jardines y en la ciudad, abandono en que apenas reparamos por la costumbre; pero que salta a la vista de todo forastero»⁴.

Ya que la ecología está justamente de moda, hay que rendir tributo a los que celebraron en los primeros años de este siglo la Fiesta del Árbol en la Región Murciana y que salieron en defensa de los árboles atacados por la incultura de los ignorantes y por el abandono oficial.

3 «Las alamedas en peligro. Que se castigue a los atentadores», *El Liberal*, 17-I-1917.

4 R. Codorniú, *El Liberal*, 19-I-1917.